

temente calzados con borceguíes color de bronce. Su cinturón azul, abultado por un reloj y por su bolsa azul con bellotas de oro, atrajo las miradas de todas las mujeres.

—¡Ya le ha dado otro reloj! dijo la señora Cremiere apretando el brazo á su marido.

—¡Cómo! ¿es aquella Úrsula? exclamó Desiderio; ¡si apenas la conozco!

—Ya ve usted, tío, que hoy ha dado usted el golpe, y todo el mundo quiere verle, dijo el dueño de la posta señalando á toda la villa, que formaba sendas hileras á derecha é izquierda del anciano.

—Tío, ¿quién le ha convertido, el abate Chaperon ó la señorita Úrsula? dijo Massin con una obsequiosidad jesuítica, saludando al doctor y á su protegida.

—Ha sido Úrsula, dijo secamente el anciano sin detener su marcha, como hombre importunado.

Aunque la víspera, al acabar su partida de *wisth* con Úrsula, con el médico de Nemours y con Bongrand, y al decir el anciano: «Mañana iré á misa», no hubiese respondido el juez de paz: «Sus herederos perderán en lo sucesivo el sueño», hubiera bastado al sagaz y perspicaz doctor una sola mirada al rostro de sus parientes para comprender sus disposiciones. La entrada de Celia en la iglesia y su mirada, que no pasó desapercibida para el doctor; aquella reunión en la plaza de todos los interesados y la expresión de sus ojos al ver á Úrsula, demostraban su odio reavivado y sus sórdidos temores.

—¡Ah, vamos! ¿es cosa suya, señorita? re-

puso la señora Cremiere interviniendo mediante una humilde reverencia. Un milagro cuesta poco.

—No es cosa mía, señora, sino de Dios, respondió Úrsula.

—¡Oh! ¡Dios!... exclamó Minoret-Levrault. Mi suegro decía que Dios servía de tapadera para muchas cosas.

—Porque tenía opiniones de chalán, le dijo secamente el doctor.

—Vamos, ¿no venís á saludar á vuestro tío? dijo Minoret á su mujer y á su hijo.

—¡No sería dueña de contenerme delante de esa mosquita muerta! exclamó Celia llevándose á Desiderio.

—Tío, dijo la señora Massin; la iglesia está muy húmeda, y haría usted bien en llevar un gorro de terciopelo.

—¡Bah! sobrina, cuanto antes estire la pata, más pronto bailaréis vosotros, dijo Minoret mirando á los que le acompañaban.

El anciano seguía andando siempre llevando tras sí á Úrsula, y lo hacía tan aprisa, que acabó por dejar atrás á sus parientes.

—¿Por qué les dice usted palabras tan duras? Eso no está bien, le dijo Úrsula tirándole del brazo con mimo.

—Lo mismo antes que después de entrar en la religión, mi odio será el mismo contra los hipócritas. No les he hecho más que bien á todos y no les he pedido más que agradecimiento; pero ninguno te ha enviado una flor el día de tu santo, único que yo celebro.

A alguna distancia del doctor y de Úrsula, la señora de Portenduere se arrastraba, pareciendo

estar agobiada de dolores. Esta dama pertenecía á ese género de ancianas en cuyos trajes parece dominar aún el espíritu del siglo pasado, pues llevan batas de color violado con mangas anchas, y de un corte cuyo modelo no se ve más que en los retratos de la señora Lebrun; manteletas de encaje negro y sombreros de forma pasada, que están en armonía con su paso lento y solemne: parece que siguen llevando los zagalejos y que los sienten en torno suyo, como sienten la mano aquellos á quienes se les ha cortado el brazo; sus caras largas, lívidas, ojerosas, de ojos grandes y apagado brillo y de ajada frente, no carecen de cierta gracia triste, á pesar de la disposición de los cabellos, cuyos rizos están aplastados, y no obstante los encajes antiguos que rodean su rostro, pues todas estas ruinas están dominadas por una increíble dignidad en los modales y en la mirada. Los párpados arrugados y enrojecidos de aquella anciana dama decían claramente que había llorado durante la misa. La anciana marchaba como persona turbada y que parece esperar á alguien, pues volvió la cabeza una ó dos veces. Ahora bien, el hecho de que la señora Portenduere se volviese era una cosa tan rara como la conversión del doctor Minoret.

—¿Con quién estará enfadada la señora de Portenduere para mirar de ese modo? dijo la señora Massin uniéndose á los herederos, que habían quedado petrificados ante la respuesta del anciano.

—Busca al cura, dijo el notario Dionis, dándose una palmada en la frente como hombre que recuerda una idea olvidada. Yo me encargo de

arreglároslo todo; ¡la herencia está salvada! Vamos á almorzar alegremente á casa de la señora Minoret.

Cualquiera puede imaginarse el apresuramiento con que los herederos siguieron al notario á la posta. Goupil se cogió al brazo de su compañero, diciéndole al oído con espantosa sonrisa:

—Hay un género magnífico.

—¡Qué me importa ya! le respondió Desiderio encogiéndose de hombros. Estoy locamente enamorado de Florina, que es la criatura más celestial del mundo.

—¿Qué es eso de Florina? preguntó Goupil. Te quiero demasiado para permitir que te dejes pescar por una cualquiera.

—Florina es la pasión del famoso Nathan, y mi locura es inútil, ya que ella se ha negado rotundamente á casarse conmigo.

—Las jóvenes que son locas con el cuerpo suelen ser cuerdas con la cabeza, dijo Goupil.

—Si la vieses nada más que una vez, no dirías lo que dices, dijo lánguidamente Desiderio.

—Si yo te viese estropear tu porvenir por lo que no debe ser más que un capricho, repuso Goupil con un calor que sin duda hubiese engañado al señor Bongrand, iría á deshacer á esa muñeca como Varney deshace á Amy Robsart en Kenilworth. Tu mujer debe ser una de Aiglemont ó una señorita de Rouvre, y darte los medios de ser diputado. Mi porvenir está basado en el tuyo, y no creas que voy á dejarte hacer tonterías.

—Soy bastante rico para poder casarme por amor, respondió Desiderio.

—¿Qué diablos trama usted ahí? dijo Celia á Goupil, llamando á los dos amigos que se habían quedado en medio del patio.

El doctor desapareció por la calle de los Burgueses, y llegó con tanta rapidez como un joven á la casa en que se había verificado durante aquella semana el extraño acontecimiento que preocupaba á todo Nemours, y que exige algunas explicaciones para poder comprender esta historia y la noticia que el notario iba á dar á los herederos.

El suegro del doctor, famoso tocador de clavicordio y fabricante de instrumentos de música, Valentín Mirouet, que fué uno de nuestros organistas más célebres, había muerto en 1785, dejando un hijo natural reconocido que llevaba su nombre, pero que era un malísimo sujeto. Al morir, el anciano no tuvo el consuelo de ver á su querido y mimado hijo. José Mirouet, que era cantante y compositor, se había estrenado en los Italianos con un nombre supuesto, y había huído á Alemania con una joven. El anciano fabricante rogó á su yerno que protegiese á su hijo natural, muchacho de verdadero talento, advirtiéndole que se había negado á casarse con la madre por no perjudicar á la señora Minoret. El doctor prometió dar á aquel desgraciado la mitad de la herencia del fabricante, cuya casa fué comprada por Erard, é hizo buscar por la vía diplomática á su cuñado natural José Mirouet; pero Grimm le dijo un día que después de haberse alistado en un regimiento prusiano, el artista había desertado tomando un nombre falso, y que era imposible averiguar su paradero.

José Mirouet, dotado por la naturaleza de una voz seductora, de excelente figura y de gran talento musical, hizo durante quince años esa vida bohemia que tan bien describe el berlinés Hoffmann; así es que á los cuarenta años, próximamente, fué presa de tan grandes miserias, que en 1806 aprovechó la ocasión para volver á naturalizarse francés, y se estableció en Hamburgo, donde se casó con la hija de un hombre rico y honrado, la cual, loca por la música, se enamoró del artista con objeto de consagrarse á su gloria, que seguía existiendo en perspectiva. Pero, después de quince años de desgracias, José Mirouet no supo soportar la embriaguez de la opulencia, volvió á ser pródigo, y, aunque hizo á su mujer feliz, gastó su fortuna en pocos años. Como es natural, la miseria volvió á presentarse, y el matrimonio debió llegar á muy triste situación, cuando José Mirouet se vió precisado á alistarse como músico en un regimiento francés. En 1813, por una gran casualidad, el cirujano mayor del regimiento se fijó en el nombre de Mirouet, y escribió al doctor Minoret, al cual debía algunos favores. La respuesta no se hizo esperar. En 1814, antes de la capitulación de París, José Mirouet tuvo en París un asilo donde su mujer murió dando á luz una niña, á la que el doctor quiso llamar Úrsula, en recuerdo de su mujer. El capitán de música, agobiado, como su mujer, por las fatigas y miserias, no sobrevivió mucho tiempo á la madre. Al morir, el infortunado músico legó su hija al doctor, el cual le sirvió de padrino, á pesar de su repugnancia por lo que él llamaba las farsas de la Iglesia. El

doctor, después de haber visto perecer sucesivamente á sus hijos á causa de abortos, de partos laboriosos ó durante el primer año de su existencia, había esperado el efecto de una última experiencia. Cuando una mujer enclenque, nerviosa y delicada se estrena con un aborto, no es raro ver que le ocurra en sus partos sucesivos lo que le ocurrió á Úrsula Mirouet, á pesar de los cuidados, observaciones y ciencia de su marido. El pobre hombre se había reprochado muchas veces su mutua persistencia en tener hijos. El último, concebido después de un reposo de dos años, había muerto el año 1792, víctima del estado nervioso de la madre, si hay que dar fe á los fisiologistas que creen que, en el inexplicable fenómeno de la generación, el hijo hereda del padre la sangre y de la madre el sistema nervioso. Obligado á renunciar á los goces del sentimiento que más imperaba en él, la caridad fué sin duda para el doctor una revancha de su frustrada paternidad. Durante su vida conyugal, tan cruelmente agitada, el doctor había deseado, sobre todo, una hija rubia, una de esas flores que constituyen la dicha de una casa; así es que aceptó con alegría el legado que le dejó José Mirouet, y cifró en la huérfana las esperanzas de sus desvanecidos sueños. Por espacio de dos años, al igual que Catón con Pompea, el doctor asistió á los más minuciosos cuidados de la vida de Úrsula, y no quería que la nodriza le diese de mamar, la levantase ó la acostase sin estar él presente. Su experiencia, su ciencia, todo fué puesto al servicio de aquella niña. Después de haber sufrido los dolores,

las alternativas de temor y de esperanzas, los trabajos y los goces de una madre, el anciano tuvo la dicha de ver que aquella hija de la rubia alemana y del artista francés estaba dotada de una vida vigorosa y de una sensibilidad profunda. El feliz doctor contempló con cariño maternal los progresos de aquella cabellera rubia, que fué primero vello, después seda, y luego cabellos finos y suaves, cariñosísimos para los dedos que los acarician. Minoret besó muchas veces sus desnudos piecitos, cuyos dedos, cubiertos de una película bajo la cual se veía la sangre, parecían capullos de rosa. El pobre hombre estaba loco con su pequeñuela. Cuando Úrsula empezó á intentar hablar, ó cuando fijaba sus hermosos ojos azules en las cosas, dirigiéndoles esa mirada distraída que parece la aurora del pensamiento y que terminaba con una risa, el doctor permanecía ante ella horas enteras buscando, al igual que Jordy, las razones ocultas bajo los fenómenos de esa deliciosa fase de la vida en que la infancia es á la vez una flor y un fruto, una inteligencia confusa, un movimiento perpetuo, un deseo violento. La belleza y la bondad de Úrsula contribuían á que fuese tan querida del doctor, que éste hubiera deseado cambiar para ella las leyes de la naturaleza, y llegó á decir á veces al anciano Jordy que sentía dolor en las encías cuando Úrsula estaba echando los dientes. Cuando los ancianos aman á los niños, no ponen límites en su pasión: los adoran, hacen enmudecer sus manías para ellos y se acuerdan por ellos de todo su pasado. Su experiencia, su indulgencia, su

paciencia, todas las adquisiciones de la vida, todo ese tesoro tan penosamente amontonado lo emplean en la joven vida en que cifran la suya y por la cual se rejuvenecen, y llegan á suplir la maternidad con la inteligencia. Su cordura reemplaza á la intuición de la madre, y recordando las delicadezas que constituyen en ésta el poder de la adivinación, las emplean en el ejercicio de una compasión cuya fuerza se desarrolla, sin duda, en razón de la inmensa debilidad del niño. La lentitud de los movimientos del anciano reemplaza á la dulzura maternal. Finalmente, en los viejos, al igual que en los niños, la vida queda reducida á lo más sencillo; y, si el amor hace á la madre esclava, la ausencia de toda pasión y de todo interés permite al anciano entregarse al niño por completo. Por eso no es raro ver que los niños se entiendan con los viejos. El anciano militar, el viejo cura y el antiguo doctor, satisfechos de las caricias y de las coqueterías de Úrsula, no dejaban nunca de responderle ni de jugar con ella, y la petulancia de aquella niña, lejos de impacientarlos, les encantaba, y satisfacían todos sus deseos, procurando que todo fuese para ella objeto de instrucción. Esta pequeñuela creció, pues, rodeada de ancianos que le sonreían y hacían el papel de varias madres en torno de ella, madres igualmente atentas y previsoras. Gracias á esta sabia educación, el alma de Úrsula se desarrolló en la esfera que le convenía. Aquella planta rara encontró su terreno especial, aspiró los elementos de su verdadera vida, y asimilóse el calor de sus diferentes soles.

—¿En qué religión educará usted á la pequeña? preguntó el abate Chaperon al doctor, cuando Úrsula tuvo seis años.

—En la de usted, respondió el médico.

Ateo á la manera del señor Wolmar en la *Nueva Eloisa*, Minoret no se creyó con derecho para privar á Úrsula de los beneficios que le ofrecía la religión católica. El médico, sentado en un banco situado debajo de la ventana del gabinete chino, sintió, después de pronunciar estas palabras, que el cura le estrechaba la mano.

—Sí, señor cura, siempre que me hable de Dios, yo la enviaré á su amigo *Sapron*, dijo el doctor imitando la manera de hablar de Úrsula. Quiero ver si el sentimiento religioso es innato, yo no he hecho nada en pro ni en contra de las tendencias de esa joven alma; pero le he nombrado á usted su director espiritual.

—Yo espero que Dios se lo tendrá á usted en cuenta, respondió el abate Chaperon frotándose suavemente las manos y elevándolas al cielo como si hiciese una corta oración mental.

Desde la edad de seis años, la pequeña fué, pues, colocada bajo la dirección religiosa del cura, como lo había sido bajo la de Jordy para lo relativo á instrucción.

El capitán, que había sido profesor de una escuela militar, se ocupaba por gusto de gramática y de las diferencias entre las lenguas europeas, y había estudiado el problema de una lengua universal. Este sabio, paciente como todos los maestros viejos, se consideró feliz pudiendo enseñar á leer, á escribir y á contar á Úrsula, y perfeccionándola en la lengua fran-

cesa. La numerosa biblioteca del doctor permitió escoger aquellos libros que podían ser leídos por una niña y que debían distraerla al mismo tiempo que la instruían. El militar y el cura dejaban que aquella inteligencia se desarrollase y se enriqueciese con la misma libertad con que el doctor dejaba enriquecer y desarrollar su cuerpo. Úrsula se instruía divirtiéndose. La religión contenía su reflexión. Abandonada á la divina cultura de un natural llevado á regiones puras por aquellos tres prudentes preceptores, Úrsula se entregó más bien al sentimiento que al deber, y tomó como regla de conducta la voz de la conciencia, más bien que la ley social. Lo hermoso de los sentimientos y de las acciones debía ser en ella espontáneo, y el juicio confirmaba después el impulso del corazón. Úrsula estaba destinada á ejecutar el bien como un placer, más bien que como una obligación. Este carácter es propio de la educación cristiana. Estos principios, muy distintos de los que deben comunicarse á los hombres, convenían á una mujer, la cual es el genio y la conciencia de la familia, la elegancia secreta de la vida doméstica, la reina, en fin, del hogar. Los tres ancianos procedieron de la misma manera con esta niña. Lejos de recular ante las audacias de la inocencia, ellos explicaban á Úrsula el fin de las cosas y los medios conocidos, inculcándole siempre ideas justas y verdaderas. Cuando, con motivo de una flor, de una hierba ó de una estrella, la niña buscaba á Dios, el profesor y el médico le decían que el cura era el único que podía responderle. Ninguno de ellos penetró en el terreno de los demás. El padrino se

encargaba del bienestar material y de las cosas de la vida; la instrucción concernía á Jordy, y la moral, la metafísica y lo sobrenatural pertenecía al cura. Esta hermosa educación no fué contrariada por imprudentes criados, como ocurre á veces en las casas más ricas. La Bougival, que había sido sermoneada sobre este punto, y que, por otra parte, estaba dotada de demasiada sencillez é inocencia para intervenir, no perjudicó para nada á la obra de aquellos tres grandes hombres, y Úrsula, criatura privilegiada, tuvo en torno suyo á tres buenos genios que, al ver su hermoso natural, consideraron grata y fácil su labor. Aquella ternura viril, aquella gravedad atemperada por las sonrisas, aquella libertad sin peligro, aquel perpetuo cuidado del alma y del cuerpo contribuyeron á que Úrsula fuese, á los nueve años, una niña encantadora. Por desgracia, esta trinidad paterna se interrumpió. Al décimo año, el anciano capitán murió, dejando al doctor y al cura el cuidado de continuar su obra, después de haber hecho él ya la parte más difícil. En un terreno tan bien preparado, las flores tenían que brotar por sí solas. Durante nueve años, el militar había economizado mil francos anuales para legar diez mil francos á su pequeña Úrsula, á fin de que conservase un recuerdo suyo durante toda su vida. En un testamento cuyos motivos eran conmovedores, el señor Jordy invitaba á su legataria á que se sirviese únicamente para su tocado de los trescientos ó cuatrocientos francos anuales que le produciría aquel pequeño capital. Cuando el juez de paz fué á sellar la casa de su amigo, se encontró en un despacho, donde nunca

había dejado entrar á nadie, una gran cantidad de juguetes, rotos la mayoría, que habían sido usados todos, y que el señor Bongrand debía quemar en persona, cumpliendo los deseos del pobre capitán.

Por esta época, Úrsula hizo su primera comunión. El abate Chaperon empleó un año entero en instruir á esta joven, cuyo corazón é inteligencia, desarrollados con exceso, pero prudentemente mantenidos uno por otra, exigían un particular alimento espiritual. Fué tal aquella iniciación en el conocimiento de las cosas divinas, que desde aquella época en que el alma toma su forma religiosa, Úrsula pasó á ser la piadosa y mística joven cuyo carácter se impuso siempre á los acontecimientos y cuyo corazón dominó toda adversidad. Entonces fué también cuando empezó secretamente una lucha entre aquella vejez incrédula y aquella infancia llena de creencias, lucha cuyo desenlace ocupaba á toda la villa y que debía ejercer gran influencia en el porvenir de Úrsula, desencadenando contra ella á los colaterales del doctor.

Durante los seis primeros meses del año 1824, Úrsula pasó casi todas las mañanas en el presbiterio. El anciano médico comprendió las intenciones del cura. El sacerdote quería hacer de Úrsula un argumento invencible. El incrédulo, que era amado por su ahijada como pudiera serlo por su propia hija, creería en aquella sencillez y sería seducido por los conmovedores efectos producidos por la religión en el alma de una niña, cuyo amor se parecía á esos árboles de los climas indios que están siempre cargados de

flores y de frutos, á la par que siempre verdes y lozanos. Una vida hermosa tiene más fuerza que el razonamiento más vigoroso. Es imposible resistir á los encantos de ciertas imágenes. El doctor sintió acudir, sin saber por qué, las lágrimas á sus ojos cuando vió marchar á la iglesia á la hija de su corazón, vestida con un traje de gasa blanca, calzada con zapatos de satén blanco, adornada con cintas blancas, con la cabeza ceñida con una cintita, y los mil bucles de su cabellera cayendo sobre sus hombros, con los ojos iluminados por la primera esperanza, volando feliz á una primera unión y amando más á su padrino desde que se había elevado hasta Dios. Cuando á Minoret se le acudió el pensamiento de la eternidad dando alimento á aquella alma, como da el sol vida después de la noche, sintió quedarse solo en casa sin saber por qué. Sentado en uno de los peldaños de la escalinata exterior, el doctor permaneció largo tiempo con los ojos fijos en la reja por donde había desaparecido su ahijada diciéndole:

—Padrino, ¿por qué no vienes? ¿Habré, pues, de ser feliz sin ti?

Aunque quedó conmovido hasta lo más hondo, el enciclopedista no dobló su orgullo, y se pasó por un sitio desde donde pudiese ver á las comulgantes y distinguir á su pequeña Úrsula brillante de exaltación bajo el velo. La niña le dirigió una mirada inspirada que removió en el corazón del anciano doctor el rincón destinado á Dios. Pero se mantuvo firme, y se dijo:

—¡Farsas! ¡todo farsas! Si existe un arquitecto de los mundos, ¿cómo creer que ese orga-

nizador del infinito se ocupe de estas tonterías?

Y se echó á reir, continuando su paseo por las alturas que dominan el Gatinais, adonde las campanas echadas al vuelo iban á dar cuenta de la alegría de las familias.

El ruido del chaquete es insoportable para las personas que no conocen este juego, que es uno de los más difíciles que existen. Para no aburrir á su pupila, á la que la excesiva delicadeza de sus órganos y sus nervios no permitía oír impunemente aquellos movimientos y aquella charla cuya razón no se comprende, el cura, el anciano Jordy, cuando vivía, y el doctor esperaban siempre á que su ahijada estuviese acostada ó de paseo para ponerse á jugar. Muchas veces ocurría que la partida duraba aún cuando Úrsula estaba ya de vuelta, y entonces la joven se resignaba con bondad infinita y se ponía á trabajar á la ventana. La niña sentía repugnancia por este juego, cuyos principios son, en efecto, rudos é inaccesibles para muchas inteligencias, y tan difíciles de vencer que, si no se acostumbra uno á este juego durante la juventud, más tarde se hace casi imposible aprenderlo. Ahora bien, la noche de la primera comunión de Úrsula, cuando ésta volvió á casa de su tutor, que estaba aún solo aquella noche, puso el tablero del chaquete delante del anciano, y le dijo:

—A ver á quién le tocan los dados.

—Úrsula, repuso el doctor, ¿no es un pecado el burlarse de su padrino el día de la primera comunión?

—Si no me burlo, dijo la niña sentándose. Yo me debo á sus placeres, ya que tanto se cuida usted de los míos. Cuando el señor Chaperon

estaba contento, me daba una lección de chaquete, y llegó á darme tantas lecciones, que hoy me creo en estado de poder ganarle á usted... Ya no tendrán ustedes que molestarse por mí. Para no impedir sus placeres, he vencido todas las dificultades, y el ruido del chaquete me agrada.

Úrsula ganó. El cura se presentó á sorprender á los jugadores y á gozar de su triunfo. Al día siguiente, Minoret, que no había querido hasta entonces enseñar la música á su pupila, se fué á París, compró allí un piano, se arregló en Fontainebleau con una profesora, y se sometió al fastidio que debía causarle los perpetuos estudios de su pupila. Una de las predicciones del difunto Jordy, que era frenólogo, se realizó: la niña llegó á ser excelente música. El doctor, orgulloso de su ahijada, hacía venir en este momento de París, una vez á la semana, á un viejo alemán llamado Schmuckhe, sabio profesor de música, y sufragaba los gastos de este arte que había sido tildado por él, en un principio, de inútil para una mujer. Los incrédulos no gustan de la música, celeste lenguaje desarrollado por el catolicismo que tomó los nombres de las siete notas en uno de sus himnos: cada nota constituye la primera sílaba de los siete primeros versos del himno á San Juan. Aunque muy viva, la impresión que produjo en el anciano la primera comunión de Úrsula fué pasajera. La calma y el contento que las obras de la religión y las plegarias comunicaban á aquella alma fueron también vanos ejemplos para el doctor. Minoret, que no tenía por qué sentir remordimientos ni arre-



pentirse, gozaba de perfecta tranquilidad. Llevando á cabo sus obras de caridad sin la esperanza de un premio, se consideraba más grande que los católicos, á los cuales acusaba siempre de practicar la usura con Dios.

—Pero si todos los hombres se dedicasen á este comercio, confieso que la sociedad sería perfecta y que no habría desgraciados. Para ser caritativo á su manera es preciso ser un gran filósofo; usted se eleva á su doctrina con la razón; usted es una excepción social; mientras que basta ser cristiano para ser caritativo á nuestro modo. En usted la caridad es un esfuerzo, mientras que en nosotros es natural.

—Señor cura, eso sólo quiere decir que yo pienso y ustedes sienten.

A los doce años, Úrsula, cuya astucia y habilidad de mujer estaba sublimada gracias á una educación superior y cuya inteligencia estaba iluminada por el espíritu religioso, que es el más delicado de todos los espíritus, acabó por comprender que su padrino no creía en un porvenir, ni en la inmortalidad del alma, ni en una providencia, ni en Dios. Agobiado á preguntas por la inocente criatura, el doctor no pudo ocultarle por más tiempo este fatal secreto. La sencilla consternación de Úrsula le hizo al principio sonreír; pero al verla á veces triste, el anciano comprendió todo el afecto que encerraba aquella tristeza. Los cariños absolutos tienen horror á toda clase de desacuerdo, aunque éste estribe en las ideas que le son extrañas. El doctor se prestó á veces, como si fuesen caricias, á las razones de su hija adoptiva, dichas con voz tierna y dulce,

y originadas por el sentimiento más ardiente y más puro. Los creyentes y los incrédulos hablan dos lenguajes diferentes, y no pueden comprenderse. La ahijada, defendiendo la causa de Dios, maltrató á su padrino, como maltrata á veces á su madre un hijo mimado. El cura reprendió dulcemente á Úrsula, y le dijo que Dios se reservaba el derecho de humillar á las almas soberbias. La joven le respondió al abate Chaperon que David había abatido á Goliath. Esta disidencia religiosa y estas desazones de la niña que quería conducir á su tutor al seno de Dios, fueron las únicas penas de aquella vida interior tan dulce, tan laboriosa y tan oculta para las miradas del pueblo curioso. Entretanto, Úrsula crecía, se desarrollaba y se convertía en la joven modesta y cristianamente instruída que Desiderio había admirado al salir de la iglesia. El cultivo de las flores del jardín, la música, los placeres de su tutor y los cuidados que Úrsula le prodigaba llenaban las horas, los días y los meses de aquella existencia sosegada. Sin embargo, hacía un año que ciertos trastornos de Úrsula inquietaban al doctor; pero la causa era tan conocida, que el anciano sólo procuró que no alterasen su salud. No obstante, este observador sagaz, este profundo práctico, creyó ver que aquellas turbaciones habían afectado á la parte moral; pero como hubiese espiado maternalmente á su pupila, y como no viese en torno de ella ninguna persona digna de inspirarle amor, su inquietud desapareció.

En este estado las cosas, un mes antes del día en que comienza este drama, ocurrió en la vida

intelectual del doctor uno de esos hechos que remueven hasta la toba el campo de las convicciones; pero este hecho exige un relato sucinto de algunos acontecimientos de su carrera médica, el cual contribuirá, por otra parte, á comunicar un nuevo interés á esta historia.

A fines del siglo XVIII, la ciencia quedó de tal modo dividida con la aparición de Mesmer, como el arte lo fué con la de Gluck. Después de haber encontrado el magnetismo, Mesmer vino á Francia, que es el punto adonde vienen desde tiempo inmemorial los inventores para legitimar sus inventos. Gracias á su lenguaje claro, Francia es, en cierto modo, la trompeta del mundo.

—Si la homeopatía llega á París, está salvada.

—Vaya usted á Francia, decía el señor de Metternich á Nall, y si allí se burlan de su joroba, será usted ilustre.

Mesmer tuvo, pues, adeptos y antagonistas tan ardientes como los piccinistas contra los gluckistas. La Francia culta se conmovió, y abrióse en el acto un solemne debate. Antes de sentenciar, la facultad de medicina proscribió en masa el pretendido charlatanismo de Mesmer, su cubeta, sus hilos conductores y sus teorías. Pero, digámoslo francamente, este alemán comprometió desgraciadamente su magnífico descubrimiento con sus enormes pretensiones pecuniarias. Mesmer sucumbió á causa de la incertidumbre de los hechos, de su ignorancia del papel que desempeñan en la naturaleza los fluidos imponderables desconocidos entonces, y de su ineptitud para buscar los límites de una ciencia de triple faz. El magnetismo tiene más aplicaciones, y en las

manos de Mesmer fué, por lo que atañe á su porvenir, lo que es el principio con relación á los efectos. Pero si el descubridor careció de genio, es triste para la razón humana y para Francia el tener que declarar que una ciencia contemporánea de las sociedades, y que se cultivó igualmente en Egipto que en Caldea, y en la Grecia que en la India, tuvo en París, en pleno siglo XVIII, la misma suerte que tuvo la verdad en la persona de Galileo en el siglo XVI, y que el magnetismo fué rechazado aquí por el doble ataque de las gentes religiosas y de los filósofos materialistas, que se sintieron igualmente alarmados. El magnetismo, ciencia favorita de Jesús, y uno de los poderes divinos concedidos á los apóstoles, no parecía más previsto por la Iglesia que por los discipulos de Juan Jacobo y de Voltaire, de Locke y de Condillac. La enciclopedia y el clero no se avenían con este antiguo poder humano que pareció tan nuevo. Los milagros de los convulsionistas, ahogados por la Iglesia y por la indiferencia de los sabios, á pesar de los preciosos escritos del consejero Carré de Montgeron, fueron una primera intimación para que se hiciesen experiencias con los fluidos humanos que dan poder bastante para oponerse con las fuerzas interiores á los dolores causados por los agentes exteriores. Pero hubiera sido preciso reconocer la existencia de fluidos intangibles, invisibles é imponderables, tres negaciones estas en las que la ciencia de entonces quería ver una definición del vacío. En la filosofía moderna, el vacío no existe. Diez pies de vacío, y el mundo se desploma. Para los materialistas, sobre todo, el mundo